

Cuando Lutero vino al mundo existían ya los gérmenes del protestantismo. Muchas obras se han publicado con objeto de explicar la acción del doctor de Wittemberg sobre su siglo, y no han faltado autores que, llevados por un espíritu de reprobada exageración, han pretendido que su palabra fue más poderosa que la de ningún otro escritor; que su pensamiento descubrió, por una facultad intuitiva, los arcanos del porvenir; que su ciencia sobrepujo á la de los que son tenidos como lumbreras del catolicismo; que su misión, en fin, fue apostólica, y su obra igual, cuando menos, á la de la revelación. Nosotros vamos á ver si en su lucha con la autoridad fue hombre el monje agustino, y si estuvo exento de las miserias inherentes á la naturaleza humana.

La Reforma se inició con violencia y furor. No se contentó con arrojar de sus conventos á los frailes y á los sacerdotes de sus parroquias; la calumnia se cebó sañudamente contra sus costumbres y contra sus doctrinas. Terminado el drama de la Reforma, Lutero quedó solo en la escena, sin rivales ni impugnadores.

Para juzgar de sus adversarios, no quedó más que la obra literaria que él había dejado después de su muerte, y en la cual hace un retrato horrible de los católicos, seres caídos, según él, sin ciencia ni discernimiento; estudiantes miserables, arrastrándose á los pies de Aristóteles, á quien jamás supieron leer; humanistas llenos de un latín, que daría lástima á un pedante de aldea; cristianos que rechazan la palabra evangélica; teólogos que cantan victoria cuando han citado á Tomás ó á Escoto. En la parte moral,

hombres de concupiscencia y de lujuria, dados al vino y á las mujeres, esclavos de sus apetitos, y dispuestos, como Judas, á decir: *¿Qué me dareis si os lo entrego?* En su lucha con Lutero, apenas es dable encontrar una palabra noble que salga de sus miserables corazones, al través de una fraseología que se pierde en un dedalo de argumentos descoloridos, y á veces tan grotescos como su figura, porque talento y figura, todo se ha hecho por Lutero á la misma imagen.

Hé aquí, si hemos de creer al reformador, los hombres que Dios había puesto en el mundo en el siglo xvi para defender á la Iglesia de Alemania.

El alma se acongoja en esas discusiones, en que Lutero se atribuye una palabra tan brillante, y presenta tan deslucida la de sus adversarios.

Tienen á su disposición las aguas vivas en que bebían á raudales las imágenes Tertuliano, Cipriano, Lactancio, y no se atreven á acercar sus labios. Vergüenza da ver unos retóricos encapillados que no saben leer la Biblia ni los Padres. La fe, que traslada los montes de una parte á otra, no les desata siquiera la lengua. Asombrémonos, pues, de que historiadores que no conocen la polémica del siglo xvi sino por las narraciones de Lutero, tengan tan pobre idea de nuestros doctores, y se apasionen por su apóstol. ¡Admirémonos de que le comparen á San Pablo, que le conviertan en otro Arminio, ó en un romano de los antiguos tiempos!!

Lutero no hizo sino la caricatura, y se ha creído en el pecado; pero Dios no faltó á la Iglesia en la época de la Refor-

ma, así como tampoco faltó el talento á sus defensores.

En el interes de la historia nos hemos constituido nosotros en jueces de un hombre que juzgó á sus hermanos con tanta severidad: era nuestro derecho. Hemos dicho á cada uno de aquellos muertos que él llevó á la tumba: «¡Levántate!» ¡Los hemos despertado, y los hemos obligado á comparecer ante nuestro tribunal! Así se verá si en el polvo de las tumbas católicas yacian sombras ilustres, hombres de inspiracion y de fe, dignos herederos de las glorias de nuestra escuela. Así se verá si faltaban los resplandores del genio á aquellos monges que vistieron el hábito que Lutero deshonró; si Eck es un teólogo sin ciencia, Alejandro un espíritu vulgar, y Leon X el Antecristo anunciado por los profetas. Así se verá quién ha protegido las artes, y quién ha velado por la conservacion de los monumentos de nuestra fe. Y vendremos, finalmente, á apreciar si, como Kant lo ha definido, lo bello no es mas que el simbolo de la moralidad, y sabremos tambien quién, en el antagonismo que existe entre los dos cultos, ha hecho traicion á la mision de Jesucristo, mision de civilizacion y de progreso social.

No hay un solo escritor que haya tomado parte en esta controversia, bien sea de nuestra escuela ó de la de Lutero, á quien nosotros no conozcamos perfectamente por la lectura que con todo cuidado hemos hecho de sus obras.

Para juzgar bien al *reformador*, nada se ha omitido de nuestra parte. Hemos registrado las bibliotecas de Mayence, de Erfurt, de Colonia, de Strasburgo, de Lyon, de Florencia, de Passy, y particularmente la del Vaticano, donde hay guardados los mas preciosos tesoros.

Existe una obra literaria, cuya copia exigiria la vida entera de un escribiente, porque el que la hizo se asemeja al fantasma de la balada alemana; *andaba de prisa*: caos en que el autor echó de todo: poesia, elocuencia, imágenes, cólera, cieno, mentira, y hasta verdades; epopeya en que sacó á la escena Papas, Emperadores, Padres, doctores, juristas, y el diablo, su héroe, que tiene colgadas de un hilo todas esas cabezas que agita y menea. Es obra en que Lutero representa á Aristófanes, el aldeano del Danubio, y muchas veces hasta á Petronio; es la que se ha de estudiar, si se duda, para dejar de dudar; simbólico *in folio* de la inutilidad de las doctrinas protestantes. En efecto, juntad esas páginas; acercad las que su mano diseccionada, tocando á las primeras sombras de la eternidad, dejaba caer en Eisleben, á las que escribia siendo casi una criatura al salir del convento de Erfurt; comparadlas, y no lograreis sacar una dogmática. Porque las lecciones, sirviéndonos de la espresion de un poeta, «se hacen allí pedazos como los aludes, las doctrinas chocan entre sí como las tormentas;» no hay un rayo de sol que enseñe el camino de la salvacion; es un abismo de neologías, contradicciones y antilogías. Por muy alta que sea la columna en que coloquen á Stylita, desafiemos á los apologistas de Lutero á que le eleven hasta la afirmacion: no supo mas que negar, y negar es destruir.

Hablamos en estos términos, porque le hemos leído y meditado. Varias veces se ha contristado nuestro corazon al ver el uso que hizo el monge agustino de los dones que Dios le concediera. Hemos presentado de relieve sus con-

tinuas variaciones, las imposibilidades que da como evidencias; sus profecías sobre la caída de la Iglesia romana; sus blasfemias contra la cátedra de San Pedro; sus insultos á las lumbreras de la tradicion, á los esplendores del sacerdocio y de la humanidad, y todo ese conjunto de hiel y de injurias que emplea para ajar á todo el que no cree en él. Nuestro libro se caerá muchas veces de las manos: la duda se levantará contra nuestros asertos; pero, forcejéese lo que se quiera, ahí está nuestra prueba; es preciso someterse á ella, ó renegar de Lutero.

Cuando ese Sanson de la Reforma se abrazó á las columnas de nuestro templo para echarlas abajo, multitud de obreros acudió en su ayuda: tales fueron Carlostadio, Ecolampade, Schwencckfeld y otros muchos, á los cuales concedia, en recompensa, coronas en la tierra y en el cielo. Pero aquellos espíritus quisieron trabajar por su cuenta y prescindir de Lutero. Entonces tuvo lugar un drama, demasiado serio para escitar la risa. «¿Quiénes sois vosotros, grita el doctor, para anunciar el Evangelio? ¿Cuáles son vuestros milagros? ¿En dónde están las señales que habeis puesto en el cielo? Ni uno siquiera responde: no hay uno solo que haya, segun Erasmo, hecho andar á un caballo cojo.» Pero no se aturden por eso: á su vez preguntan á Lutero:

«Y á tí, ¿quién te ha enviado? ¿Qué señales pueden darnos á conocer tu mision? ¿Qué milagro has hecho?» Tampoco Lutero habia sanado á ningun enfermo. A falta de señales, tiene su estremada cólera. Irrítase, pues; salta, revuelve y hojeca los libros de aquellos nuevos apóstoles, á

quienes, mezclados unos con otros, empuja hácia, su tribunal, y en pleno pretorio los azota y los marca en la frente como Cain, lo cual hace reir mucho al auditorio; luego, con su voz de profeta, los echa fuera con estas palabras: «Idos con mil diablos, si no os arrepentís.» Todos murieron impenitentes. Pero antes de abandonar el mundo citaron á su barra al reformador, tomando á su vez el desquite. No espereis de ellos arranques oratorios; su palabra es rastrera, pero viva; la hemos recogido en páginas muy difíciles de hallar.

Hé aquí, pues, la anarquía en la Iglesia de Wittemberg; los hermanos uterinos de la Reforma, criados con suleche, maldiciéndose entre sí, y citándose unos á otros para ante el Supremo Juez.

Lutero, para pedir cuenta á Munzer de todas las almas que embriagó con sus venenos; y Munzer, para arrojarle á la cara la sangre de los anabaptistas.

Carlostadio, para acusar á Lutero de haber alterado la palabra Divina; y Lutero, para burlarse de las visiones del arcediano.

Zuinglio y Ecolampade, para esplicar á Lutero el sentido de las palabras de la Cena; y Lutero, para proscribir la interpretacion de los suizos.

¿No es ciertamente un espectáculo bien singular ese drama, en que no aparece ninguna individualidad católica, y cuyos actores son todos monges, clérigos, sacerdotes que se han casado? ¿Evangelistas que se creen iluminados por la Divinidad, y se lanzan el anatema; profetas y apóstoles de Cristo que se jactan de poseer el criterio de la verdad, y se entienden entre si ni mas ni menos que los